

SOBERANIA
DEL
PUEBLO.

EL CENTINELA DE ARAGON,

LIBERTAD.
REFORMAS.
ECONOMIAS.

PERIODICO REPUBLICANO FEDERAL.

*Se publica todos los dias, excepto los Lunes.
Los Sres. suscritores tienen derecho cada mes
á la insercion de 2 anuncios, gratis, con
tal que no esceda de cuatro líneas cada
uno.*

Números sueltos dos cuartos.

*Se suscribe en el CASINO DE LA LIBERTAD, y
en la imprenta de LA CONCORDIA, calle de
San Andrés número 29.*

*En Teruel 5 reales al mes y 13 por tri-
mestre.*

Fuera, 16 reales trimestre; por 6 meses 28.

LA INTERVENCION.

Los monárquicos se declaran vencidos. Confiesan que el restablecimiento de la monarquía en España presenta grandes dificultades, entre otras cosas, por la imposibilidad de encontrar un candidato que sea aceptable á la mayoría del país. No niegan ya la posibilidad de que se proclame la república; y no sólomente no la niegan, sino que la admiten en principio.

Pero los monárquicos se oponen á la república, por el temor de una intervencion extranjera. Este es un temor pueril; esto es desconocer la situacion del país y la sintuacion de Europa. ¿De dónde puede venir la intervencion? ¿Cuál es la potencia mas directamente interesada en que no se establezca la república en España? No es Inglaterra, no es Alemania, no es Italia, no es Portugal; sólomente puede ser Francia.

Napoleon III conoce el peligro, y trabaja por prevenirlo. Comprende que la revolucion española es un botafuego que puede llevar el incendio dentro de sus estados; sabe que el imperio está en su período de decadencia; conoce que su poder está debilitado; comprende que la cuestion de Alemania y la cuestion de Méjico le han quitado la popularidad que gozaba dentro de su propio país, y el prestigio que tenia en las naciones europeas.

No es ya Napoleon III el árbitro de los destinos de Europa. Los laureles de Sebastopol y de Solferino se han marchitado con el humo de la batalla de Sudowa y con el resultado de la campaña de Méjico. La gloria militar de las armas francesas, tan espléndida y pura cuando la espada del imperio defendia la libertad de los pueblos, se ha oscurecido cuando ha intentado restablecer el imperio en Méjico.

El imperio francés sólo se sostiene á fuerza de prodigios de habilidad y de pruden-

cia. Adopta el sistema de las contemporizaciones, porque sólo contemporizando puede vivir.

Odia á los alemanes, se opone al engrandecimiento de Prusia, y sin embargo, no quiere romper con Alemania ni con Prusia. Con todos sus grandes elementos de guerra, no se atreve á romper las hostilidades. Sabe que su fuerza es ficticia, porque se apoya sobre un pedestal de arena movediza. Por eso teme, por eso vacila, por eso resiste á las provocaciones del pueblo alemán.

No quiere ser el primero en disparar el primer cañonazo. El secreto de su fuerza está en su prepotencia militar, y su prepotencia militar puede perderla en una sola batalla. No se trata ya de combatir con los soldados moscovitas, frios como el clima de su país, ni con los soldados austriacos, dirigidos por una oligarquía militar cortesana. En Sebastopol, en Magenta, en Solferino, era fácil la victoria. La impetuosidad francesa debia ser irresistible, puesto que allí combatia en defensa de la independencia del pueblo otomano y de la libertad de los italianos.

Pero mas allá del Rhin la lucha es mas ruda y mas probable la derrota. Allende el Rhin el imperio francés se encuentra enfrente con una nacionalidad vigorosa, con toda la Alemania, que se agrupará en torno de la Prusia al primer amago de hostilidad. El soldado prusiano tiene sobre el soldado francés la inmensa ventaja de su organizacion y de su inteligencia. El soldado francés se bate por la gloria; pero el soldado prusiano se bate por otra cosa que vale mas que la gloria, se bate por la independencia de su país, por el engrandecimiento de la patria alemana. En Francia, los soldados son ante todo soldados; en Prusia son ante todo ciudadanos. Aquellos tienen el valor que infunde el entusiasmo; pero estos tienen el valor que inspira la conviccion moral.

Ahora bien, si se estableciese la república en España, ¿podría el imperio intervenir? No: tendría en seguida enfrente á Prusia por el Norte, á Italia por el Este; porque la república en España es también la república en Italia, y la conspiración republicana dentro de la misma Francia. ¿Podría el imperio francés resistir á este triple ataque y combatir con nosotros al mismo tiempo?

Pero supongamos que pudiera verificarse la intervencion, y supongamos que cien mil franceses descienden por las gargantas de los Pirineos ¿Podemos temer esa invasion? ¿Estamos acaso en 1823? Una intervencion es temible cuando para contrarestarla no hay mas fuerza que un ejército mercenario, que combate sólo con el valor pasivo de la disciplina. ¿Pero qué importa la intervencion extranjera, cuando un país se levanta en masa, cuando cada casa es una fortaleza, y cada ciudadano un soldado?

Recuérdese lo que sucedió en España en 1808. Sin ejército, sin generales, sin rey, sin iniciativa oficial, las provincias organizaron la resistencia, combatieron con la flor de los ejércitos franceses, lucharon, vencieron, expulsaron á los extranjeros. Recuérdese también lo que pasó en Francia en 1790, 92 y 93; la Europa entera se coaligó contra la república francesa; de todos los puntos del horizonte cayeron sobre el territorio francés millones de soldados. Pues bien, la República francesa rechazó esta múltiple intervencion; y no sólo la rechazó, sino que despues de rechazarla, de invadida se convirtió en invasora. Los ejércitos republicanos recorrieron triunfantes toda Europa, derribando todos los tronos, pulverizando todas las coronas.

¿Qué puede importarnos una intervencion extranjera? ¿No hay vitalidad en el pueblo español para contrarestarla? ¿Valemos hoy menos que valíamos en 1808? ¿Haremos nosotros menos de lo que acaban de hacer los mejicanos? Conquistemos nuestras libertades, realicemos la obra revolucionaria, establezcamos la república, y esperemos con ánimo sereno esa ponderada intervencion.

La intervencion francesa es imposible; pero aun cuando fuera posible, no debemos temerla. Que vengan si se atreven. No han de faltarnos Empecinados y Palafoxes. ¿Quién sabe si, en vez de intervenir los franceses en España, serémos los españoles los que allá intervengamos? Establecida aquí la república, ¿hay quien asegure la existencia del imperio francés? ¿Quién puede asegurar que el contagio revolucionario no trasponga los Pirineos y se extienda hasta mas allá de los Alpes?

Pedro Pruneda.

LOS SANTONES.

Es admirable lo que sucede con ciertos hombres.

No contentos con haber desertado de las filas liberales para ser los perseguidores de sus antiguos correligionarios, quieren aprovecharse de la situacion actual, como se aprovecharon también para sus fines de las situaciones anteriores.

Son políticos por conveniencia propia. La suerte de la Nacion es para ellos indiferente, y los intereses materiales y morales de su país, cosas pueriles.

Figurar en posiciones elevadas, obtener pingües sueldos y escandalosas cesantías, adquirir valimiento para ofrecer destinos á sus ciegos servidores, impedir el desarrollo de la idea liberal para perpetuarse en el privilegio, ha sido, es y será constantemente el ideal de esos hombres mezquinos que no tienen conciencia política, ni profesan otros principios que los que tienden á satisfacer su ambicion ilimitada.

Sin que nosotros los designemos, nuestra provincia los conoce bien, porque desgraciadamente ha sido víctima de ellos.

Hubo un tiempo en que se les creyó por su palabra, se les apoyó, se les elevó á los mas distinguidos puestos del Estado; y en ellos, desde su inmerecida altura, consideraron y trataron como pigmeos á los que fueron causa de su encumbramiento.

Dulcemente apegados á su lucrativa posicion oficial, las ideas liberales fueron en ellos apagándose visiblemente, y de retroceso en retroceso, de servilismo en servilismo, llegaron hasta el extremo de conceder al Gobierno las famosas autorizaciones, convirtiendo á la Nacion en patrimonio de los mandarines, y á los españoles en esclavos.

En virtud de aquellas autorizaciones, la propiedad ya no producía para el laborioso ciudadano, sino para los avaros ministros y para su interminable séquito de polizontes y empleados.

A consecuencia de aquellas autorizaciones, desapareció la seguridad individual, la tranquilidad de la familia, la inviolabilidad del hogar doméstico.

Por aquellas autorizaciones, la honra, la hacienda y la vida de todo español pendía de una delacion villana.

Aquellas autorizaciones, en fin, produjeron fusilamientos, deportaciones y cuantas desgracias sobrevinieron á los liberales en estos últimos años, hasta su redencion por el glorioso alzamiento de Setiembre.

Inútil es recordar tan triste historia.

Pues bien; esos hombres que han sido la verdadera calamidad de nuestro país, esos tráfugas del generoso partido liberal, esos santones que han contribuido á la ruina de España, esos cobardes que han permanecido ocultos en los momentos del peligro, son los que ahora pretenden aprovecharse nuevamente del botin, para volver á encumbrarse y ser otra vez los verdugos de la libertad conquistada.